

## Valor agregado

### *En tierras paganas. Misiones católicas en Urabá y en La Guajira, Colombia, 1892-1952*

JUAN FELIPE CÓRDOBA-RESTREPO  
Pontificia Universidad Javeriana,  
Bogotá, 2015, 322 pp., il.

EN LA última década y media, se ha publicado casi una veintena de estudios sobre las misiones religiosas en Colombia, que evidencian el interés, cada vez más mayor, de analizar y documentar el papel de la Iglesia católica en la integración territorial y la evangelización, civilización, moralización, e instrucción primaria de poblaciones marginales, principalmente indígenas, en zonas periféricas conflictivas o de frontera, durante la primera parte del siglo XX. La mayoría de las investigaciones, que se destacan por un riguroso y prolijo trabajo archivístico, o que revisan publicaciones periódicas católicas, privilegian las misiones capuchinas del Putumayo y Caquetá, las jesuitas del río Magdalena y las carmelitas de Tumaco y Urabá.

Los estudios monográficos dedicados a los misioneros de la Orden de los Carmelitas Descalzos, que trabajaron en la Prefectura Apostólica de Urabá, también han sido profusos, guardadas las proporciones. Se han enfocado, por ejemplo, en los misioneros y en sus padecimientos personales, penurias apostólicas, enfermedades, y métodos y productos propagandísticos. El cuantioso acervo misional escrito de esta comunidad, que comprende novelas, poemas, compilaciones folclóricas, álbumes fotográficos, estudios etnológicos, filológicos e históricos, diarios personales, epístolas y memorias y hechos del apostolado, permite anticipar que seguirá siendo objeto de futuras investigaciones. En el tema de las misiones, la dificultad de acceder a ciertas fuentes fundamentales es precisamente lo que desestimula las investigaciones o limita sus resultados y su alcance.

De este esfuerzo pionero, aún modesto y fragmentario, si se tiene en cuenta que en el período referido había en Colombia quince territorios de misiones, entre vicariatos y prefecturas apostólicas, es partícipe *En tierras*

*paganas*, del historiador antioqueño Juan Felipe Córdoba-Restrepo, actual director editorial de la Universidad del Rosario. Su interés por las misiones, específicamente aquellas que operaron en las regiones donde el Estado nacional tenía una presencia precaria, data de la época de sus estudios de maestría, cuando se percató, mientras indagaba la historia de las congregaciones religiosas de Antioquia, de que estas tenían lo que puede calificarse como carácter “plurifuncional”. Es decir, a los misioneros les competían labores que rebasaban el marco de la evangelización y civilización de los indígenas, como vigilar y controlar el comportamiento de los otros grupos sociales que compartían el territorio a su cargo, desarrollar obras de infraestructura necesarias para los proyectos colonizadores y de extracción de recursos naturales, salvaguardar las fronteras, afianzar la soberanía, y contribuir a la consolidación de la identidad nacional y regional, entre otras, que revelan el nexo profundo y estructural entre la acción religiosa y la construcción del Estado.

La obra, que examina minuciosamente el trabajo de los capuchinos del Vicariato Apostólico de La Guajira, Sierra Nevada y Mutilones (1905-1956) y los carmelitas descalzos de la Prefectura Apostólica de Urabá (1918-1941), tiene un valor agregado respecto de las publicaciones precedentes. En primer lugar, porque Córdoba-Restrepo tuvo la posibilidad de consultar en España los archivos que ambas órdenes se llevaron con ellas al término de su labor en el país; de ahí el detalle, tanto en el texto como en el material complementario. En segundo lugar, porque ofrece una visión de conjunto del quehacer misionero, propia de quien domina las políticas de la Iglesia católica al respecto. Y por último, porque inaugura la indispensable línea investigativa de los estudios comparados, gracias a los cuales no solo es posible identificar las singularidades y generalidades del fenómeno misional, sino ir construyendo un marco teórico original, auténticamente acorde, en su tratamiento del mismo, con las particularidades históricas de Colombia.

En este sentido, su propuesta consiste en ver el territorio de misión como un espacio de intermediación, a la par

que de convergencia de todos los males, conflictos y contradicciones de las zonas de frontera, y a los misioneros como “agentes” delegados, investidos de facultades casi omnímodas, más o menos dúctiles y acomodaticios, lo que constituye un aporte teóricamente esclarecedor y orientador.

En la introducción y parte del primer capítulo, que versa sobre las misiones en Colombia, Córdoba-Restrepo enuncia y explica los factores externos e internos que propiciaron el auge misionero experimentado por el país entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Menciona el fortalecimiento de la Iglesia católica en el ámbito internacional, con el consecuente estímulo del papado en favor de la constitución de nuevas misiones, y la promulgación en el país, en 1886, de una constitución conservadora que, al reconocer la función de la Iglesia en el orden y la regeneración sociales, favoreció al año siguiente el restablecimiento de las relaciones entre el Estado y la Santa Sede, mediante la suscripción de un concordato. Posteriormente, en cumplimiento de lo pactado, se celebró en 1902 un primer convenio para el fomento de las misiones, que se renovó y modificó en 1928. Las facultades de gobierno extraordinario, de las que fueron investidos los misioneros, se estipularon previamente en la Ley 72 de 1892, cuyo artículo segundo autorizaba al gobierno nacional a “delegar a los misioneros facultades extraordinarias para ejercer autoridad civil, penal y judicial sobre los catecúmenos, respecto de los cuales se suspende la acción de las leyes nacionales hasta que, saliendo del estado salvaje, a juicio del Poder Ejecutivo, estén en capacidad de ser gobernados por ellos mismos”. En el caso de la Prefectura Apostólica de Urabá, por citar un ejemplo ilustrativo de esta legislación, el Decreto Ejecutivo 706 de 1931, aparte de conferirles facultades para el ejercicio de la autoridad civil, judicial y penal a los superiores carmelitas de las misiones de indígenas salvajes, los nombraba “directores y protectores” de aquellos.

Esta solidaridad en acción entre el Estado nacional y la Iglesia católica —que parecería un retroceso a la época colonial, salvo por la independencia de ministerio y otros privile-

RESEÑAS		HISTORIA
<p>gios modernos adquiridos por esta en virtud del Concordato de 1887— es comprensible en un país deshecho por las guerras civiles, la anarquía provincial y la disidencia de la religión que hería la unidad política. Ello explica también que se delegara en la Iglesia católica, es decir, en las misiones — instituciones históricas de frontera de la América hispana por excelencia—, tareas tan diversas y exigentes como dar consistencia a la nación propagando el nacionalismo religioso, al incorporar e integrar grupos disímiles a una organización política más amplia cuyo ideal de identidad no admitía matices; afianzar la soberanía en zonas de frontera discutidas; civilizar a los indígenas imponiéndoles una forma de vida social supuestamente dignificante y más participativa de las bondades del mundo civilizado allende los estrechos límites de sus comunidades; y vincular y abrir al progreso vastos e ignotos territorios que, parafraseando al citado fray Canet, eran “indescifrados enigmas” para la generalidad de los colombianos, tierras salvajes y de salvajes.</p> <p>Este capítulo da cuenta, también, de la génesis del Vicariato Apostólico de La Guajira, Sierra Nevada y Motilones, así como de la Prefectura Apostólica de Urabá, ambos territorios de frontera, cuyos directores y administradores fueron, respectivamente, los capuchinos y los carmelitas descalzos españoles. En la labor educativa, pilar fundamental del proyecto misionero, ambas comunidades contaron con el apoyo de congregaciones femeninas: los capuchinos trabajaron con las terciarias capuchinas, y los carmelitas con las lauritas y las carmelitas descalzas terciarias. En este ámbito de lo educativo, hay que destacar la creación de internados u “orfanatos”, como denominaban los capuchinos a estos centros de conversión y civilización de niños y niñas indígenas del Vicariato, que eran separados de sus familias para evitar la reproducción de supersticiones y tradicionalismos atávicos. Ahí aprendían algunos oficios; adquirían hábitos de ahorro, vestido, higiene y aseo personal, y se familiarizaban con las nociones básicas de patria, todo lo cual facilitarían, presuntamente, su desempeño en el mundo civilizado. Los internados también les</p>	<p>servieron de refugio, porque la trata de indígenas, sobre todo de infantes, tanto al interior de la república como en el límite guajiro con Venezuela, era un riesgo.</p> <p>A diferencia de los carmelitas descalzos, cuya misión gozaba de un prestigio moral ensalzado dentro y fuera de Colombia y recibía auxilios especiales del gobierno de Antioquia y del nacional, los capuchinos fueron objeto de críticas constantes por sus conflictos de tierras con los indígenas arhuacos y su manejo del presupuesto misional. En los debates del Congreso sobre las misiones del año de 1933, motivados en parte por estas irregularidades, se calificó de “equivocada” la orientación del Poder Ejecutivo a favor de aquellas, por cuanto no era necesario catequizar a los indígenas sino “nacionalizarlos”, y porque la colonización debía ser una empresa del soldado colombiano en vez del misionero. Pero también hubo voces defensoras que consideraban impropio retirar el rubro destinado al quehacer misional, puesto que era factor de desarrollo y contribuía “a las sanas costumbres de los pueblos”.</p> <p>El anterior es un caso en el que afloran las diferencias entre ambas comunidades, las singularidades en las que hace énfasis el autor cuando recalca la importancia de analizarlas individualmente porque “no son un grupo compacto ni homogéneo”. La mala impresión que se pudo tener en un momento dado de la labor de los capuchinos podría explicarse, a su juicio, por la inhabilidad para mostrar su obra, distinta a la palabra escueta y las cifras, tan opuesta a la forma vívida, casi plástica, profundamente cristiana en su apelación a la caridad, que caracterizaban la propaganda carmelitana de la misión, sus paisajes y pobladores. También diferían en aspectos que explican el clamor contra los capuchinos, porque mientras estos eran autoritarios con los indígenas, los otros eran indulgentes y persuasivos y toleraban todos aquellos aspectos de su cultura que no contravenían el dogma católico. Adicionalmente, los dos prefectos que tuvo la misión de Urabá, el padre Arteaga y el padre Severino, fueron figuras célebres y carismáticas.</p> <p>El segundo capítulo está dedicado al territorio, al espacio de misión que</p>	<p>marca el trabajo y la vida de los misioneros: los miles de kilómetros de tierras desconocidas del Vicariato y la Prefectura que infunden maravilla y también pavor. Es el territorio, también, el que les da la perspectiva real de la magnitud del compromiso adquirido; el que incita a algunos de ellos a la desertión; el que los hace cuestionar lo exiguo de los recursos humanos y materiales de que disponen para acometer la tarea acordada de evangelización e integración espacial; el que alberga, además de indígenas, a grupos humanos que igualmente deben conocer y atender; el que, finalmente, lograrán entender, y hasta domeñar con las herramientas más sencillas de la civilización, como la construcción de vías, y del cual dejaron escrito “que arroja luz sobre las transferencias culturales de doble vía inherentes a toda obra misional”, y permite reconstruir hoy la historia de ambas entidades.</p> <p>Muchas de las primeras y ulteriores impresiones de los misioneros citadas por el autor, que oscilan entre el rechazo y el pasmo admirativo ante seres humanos y naturaleza, recuerdan los relatos de los antiguos cronistas de Indias, para quienes todo era digno de un minucioso esfuerzo descriptivo. El libro también aporta fotografías que permiten apreciar, en retrospectiva, tipos humanos, paisajes y “cuadros de la naturaleza” que muestran al mundo “la grande obra civilizadora de los misioneros” de aquella época olvidada.</p> <p>El último capítulo, que versa sobre el intercambio cultural de saberes y conocimientos, consustancial a la vida en las misiones, muestra al lector el impacto de las actividades de los misioneros en la cultura material de los habitantes de sus respectivos territorios, en aspectos sustantivos como “la alimentación, el atuendo, la normas de higiene, el arreglo personal, la noción del tiempo, los horarios de las rutinas cotidianas, las actividades productivas”. En él se examina también la forma como los misioneros fueron construyendo el espacio religioso, y creando redes sociales en torno a la vivencia de la fe en sus múltiples manifestaciones.</p> <p>El anterior esfuerzo de síntesis, que resulta pobre en comparación con una obra tan rica en información</p>

y ponderada en sus juicios, puede, precisamente por sus vacíos, motivar la lectura de este estudio modelo y orientador. Aunque su autor considera que “no es un punto final para un tema tan complejo”, saca a la luz, sin duda, datos nuevos y elementos de interpretación que servirán de base a futuras discusiones.

**Augusto Javier Gómez**